

## **DONDE EL VIENTO NO MANDA**

—Sólo las niñas pueden pasar.

La mayor sintió que el mundo se desmoronaba. Miró a su madre, de rodillas en la tierra polvorienta, manos crispadas sobre el pecho, labios entreabiertos en un ruego que nadie escuchaba. La pequeña apretaba contra el pecho un oso de peluche, sucio y deshilachado.

A su espalda, la frontera seguía custodiada por soldados de rostros de piedra. El eco de aquellas palabras golpeó su mente como un susurro fósil, arrastrándola a los días que quedaron atrás. Las noches frías. El anciano que les dio pan duro. El niño que viajaba solo y desapareció mientras dormían. Nadie lo mencionó al amanecer. Polvo en la garganta. La esperanza sofocada.

El bullicio de los que huían se mezclaba con las órdenes secas de los soldados. No había tiempo para protestar. No había justicia.

—No —susurró la madre, pero su voz se perdió en el viento.

Habían caminado demasiado. Atrás quedaban el poblado de adobe, el río seco y los guayabos sin fruto.

El soldado las observó en silencio. Era joven. Bajo el casco, sus ojos se clavaron en la mayor con un brillo que no parecía hostil.

—Es la única opción —dijo, sin firmeza.

La pequeña soltó el peluche. Lo dejó caer y lo pisoteó con furia.

—¡No vamos a separarnos! —gritó.

El soldado bajó la mirada. Al alzarla, algo en él había cambiado. Se quitó la gorra y dejó caer el uniforme.

—Yo también escapé una vez —murmuró.

La mayor entendió. Se giró hacia su madre y su hermana.

—Ahora.

La madre dudó un instante. Luego se levantó y cogió a la pequeña.

Y corrieron.

Corrieron más allá de la frontera cerrada, más allá de los disparos que no llegaron. Corrieron hacia el horizonte abierto.

Donde el viento no tenía dueño.